

Biblioteca-Films

Selección **PERFIDIA** 50 Cts.



**EMIL
JANNINGS**

**Esther Ralston
Gary Cooper**

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

B A R C E L O N A

PERFIDIA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el eminente actor de la pantalla

EMIL JANNINGS

por MANUEL NIETO GALÁN

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Poldi	EMIL JANNINGS
Vroni	Esther Ralston
Andrés	Gary Cooper

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La aldea de Vitritza

Como envuelta en amplio manto, allá, en las tierras de Suiza, cubierta por las grandes nevadas, la pequeña aldea de Vitritza, dormía un sueño apacible y sereno. Ningún acontecimiento extraordinario venía a turbar la paz de los campos y la vida monótona de los simples aldeanos, entregados por completo a sus labores.

Uno de los más ricos de la aldea era el burgo-maestre Poldi Moser, montañés de corazón generoso y noble, en cuya alma no tenía cabida ni el rencor ni la venganza. Amigo de todos, su casa era la de todos y allí en más de una ocasión se celebraban las pocas fiestas de que disfrutaban los montañeses, multiplicándose su amo por hacerles grata la estancia en su morada. Allí también encontraban todos los desvalidos un remedio a sus males y no se supo de nadie que llamara a la puerta de Poldi Moser sin que fuera socorrido con largueza.



El burgo-maestre Poldi Moser.

Esta generosidad suya, este afecto hacia todos, hizo que Poldi fuese en la aldea el hombre sobre quién convergían el afecto sincero de todos sus paisanos. Su nombre servía de ejemplo de honradez y su bondad de punto de comparación.

También vivía en la aldea, una familia de montañeses pobres y que tenían un hija casadera de veinte años, a quién la Naturaleza

1

había otorgado todos sus dones. Bella, con esa belleza plástica de la campesina, atraía las miradas de los jóvenes, y sus ojos en los que podía leerse la dulzura de su alma, fascinaban al que lograba la dicha de poderlos mirar de cerca.

Sin embargo, Vroni, que así se llamaba la joven, no había pensado nunca en amores. Para ella no había otra cosa que sus campos y sus montañas, las que recorría con esa familiaridad propia que nos dá los lugares conocidos desde niños.

Pero Vroni, también atrajo con su belleza las miradas de Poldi, también sintió éste, aunque algo tarde, ese amor único que hay en la vida de todos los seres, y luchó por no dejarse vencer por aquella pasión, como si algo interior le previniese contra un inexplicable peligro.

Así las cosas, el tiempo transcurría, alegremente para la bella Vroni, y luchando interiormente Poldi, sin que ella se diera cuenta de la pasión que había despertado en el corazón del rico burgo-maestre y sin que éste se atreviera nunca a confesársela.

Llegó una primavera, las nieves fueron deshaciéndose y la Naturaleza empezó a engalanarse, con coquetería de mujer caprichosa, con los frutos y flores, queriendo hacer alarde de su belleza única. Aquel era el tiempo deseado por Vroni, en aquellos días era

5

cuando se lanzaba al campo como una preciosa mariposa y sus pulmones se ensanchaban al respirar el aire tibio y perfumado de la tierra. Y fué también aquella primavera cuando llegó a la aldea de Vitritza, un joven pintor, atraído por las bellezas del paisaje. Su llegada fué como un acontecimiento en el lugar, y sus pinturas fueron también celebradas por todos aquellos pobres hombres como algo sobrenatural.

Ajena a todos cuantos comentarios se hacían del forastero, Vroni seguía su vida normal, sin preocuparle para nada el pintor, hasta que una tarde, al volver hacia su casa los dos jóvenes se encontraron. Andrés, el joven pintor quedó asombrado ante la belleza de Vroni y la muchacha sobrecogida por la presencia del forastero a quien todavía no había visto.

—¿Es usted de por aquí?—preguntó Andrés, acercándose a ella.

—Sí—respondió quedamente Vroni—. Vivo en la aldea de Vitritza.

—Mucho había admirado todo cuanto contiene esta hermosa aldea, pero hasta ahora no había podido ver la belleza más grande que encierra—exclamó galantemente el pintor.

—Todo esto es muy bonito—le respondió ingenuamente ella—. Ya verá usted como le gusta nuestro campo.

—No lo dudo—siguió diciéndole él—pero, de lo que si estoy seguro es de que habrá algo—y señaló para ella—cuya belleza es superior a cuanto he visto y me queda por ver... ¿Cómo se llama?

—Vroni—respondió ella halagada por la galantería del pintor.

—Y yo me llamo Andrés—le dijo éste—. ¿Quiere usted que nos volvamos a ver mañana?

—Si está usted por aquí, nos veremos. A mí me gusta mucho el campo—le respondió Vroni.

—Pues entonces—le propuso Andrés—mañana, cuando el sol vaya a ocultarse, yo estaré esperándola.

Vroni rió dulcemente, presa de una viva emoción y se alejó hacia su casa, seguida por la mirada de Andrés, que no podía apartar sus ojos de aquella bella visión.

Aquella noche Vroni soñó cosas extraordinarias. Se vió pintada por Andrés en uno de aquellos cuadros, rodeada de flores y acariciada por las manos del artista, que producían en todo su ser una sensación de dicha inefable.

Y se vieron al otro día, y al otro y durante el tiempo que el pintor estuvo en la aldea, y las flores de los campos, el aire de las montañas, los pajarillos y cuantos los rodeaban fueron festigos de aquel idilio román-



Y se vieron durante el tiempo que estuvo el pintor.

tico, de aquella pasión desbordante de los enamorados que se entregaban a ella con el frenesí de su juventud.

Llegó la víspera de la marcha, aquel día fatal en que los enamorados habían de separarse y Vroni lloraba por la ausencia del ser tan amado, del hombre a quien había entregado su corazón.

—No llores—le dijo el pintor procurando tranquilizarla—. Yo te prometo volver, vol-

veré todos los años, hasta que pueda hacerte mi mujer.

Ella le miraba ansiosamente, como si quisiera leer en sus ojos la verdad de aquellas palabras, como si temiera de que la promesa no fuera luego cumplida.

—En invierno—siguió diciéndo Andrés—, tengo unos días libres y te los dedicaré a ti.

—Y vendrás de la capital para verme? —preguntó ella.

—Sólo por verte a ti haría yo el viaje más grande del mundo—exclamó el pintor estrechándola entre sus brazos.

PIDA el nuevo CATALOGO de
 "BIBLIOTECA FILMS"
 que contiene entre otros éxitos
 EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
 colecciones de tarjetas postales «LOS DIEZ
 MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
 ARTISTAS MAS SIMPATICOS»

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona
 Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
 envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
 para el certificado. Franqueo gratis

Fidelidad

Para Vroni no existió otro pensamiento desde entonces que Andrés. Esperaba su vuelta con la ansiedad propia de enamorada y contaba los días con la alegría del que espera un feliz suceso. Nadie en la aldea habíase enterado de aquellas relaciones entre los dos jóvenes y Poldi seguía luchando contra el deseo de hacer su esposa a Vroni.

Cumplió, como buen enamorado, Andrés su promesa y aquel año, cuando la nieve borraba los caminos, cuando el frío era más intenso y desolador, un trineo conducía desde la estación a la pequeña aldea al joven pintor, que venía en busca de la dicha que allí había dejado y que no pudo encontrar lejos de Vroni.

¡Siguió el amor tejiendo sus hilos dorados y los dos jóvenes entregados por compello a la pasión que los dominaba, no supieron contener el fuego de sus cuerpos jóvenes a la mutua atracción,

Pero Andrés sabría responder a su acto, sabría hacerse digno del amor que le había entregado Vroni y al despedirse de ella le dijo:

—Ya nada podrá separarnos en el mundo, Vroni. Somos el uno del otro y dentro de un mes volveré para hacerte mi esposa.

—Yo sabré esperarte—exclamó ella—. Esperaré todo el tiempo que me digas, Andrés.

—Un mes—repitió él—solamente un mes para hacer los preparativos y para obtener el consentimiento de mi madre.

—¿Crees tú que ella accederá?—preguntó temblorosa Vroni.

—¿Por qué no? — preguntó Andrés. — ¿Quién, después de verte una sola vez, es capaz de no quererte? Ten confianza en mí y piensa que dentro de un mes estaré de vuelta.

Se despidieron, con la tristeza propia de la separación y Vroni aguardó a que pasaran aquellos días, para estar de nuevo junto al amado.

En este transcurso de tiempo, Poldi hizo saber sus propósitos a los padres de Vroni, quiénes vieron el cielo abierto con tal proposición.

—Yo no quiero que se obligue para a la muchacha—les dijo Poldi—. Si ella no es gustosa, no hay nada de lo dicho.

—¿Y por qué no va a serlo?—exclamó su



Preparó la fiesta de su próxima boda.

padre— Vroni no ha conocido a ningún hombre, ni hace otra cosa que la que yo le digo.

—Entonces, ya lo sabéis, cuando ella esté decidida me lo decís y en seguida se celebrará la boda.

Desde aquel día los padres de Vroni empezaron a insinuarle la conveniencia de buscar marido. La muchacha no podía comprender las insinuaciones paternas y menos aún de qué se tratase de Poldi, por quien sentía un profundo respeto. Pero sus padres siguieron

insistiendo y ella incapaz de resistir al mandato paterno, sólo puso una condición, la de esperar un mes.

Pensaba la muchacha que durante aquel plazo se presentaría Andrés y podría proclamar su único amor. Mas pasó el mes de plazo y Andrés no se había presentado todavía, Vroni se desesperaba, no sólo por la falta de su novio, sino por la carencia de noticias que de él tenía. Por otro lado, sus padres insistían cada vez más, hasta que al fin, la joven accedió a sus deseos.

Poldi, ajeno al drama que interiormente se desarrollaba en el alma de su amada preparó espléndidamente la fiesta de sus esponsales y todo el mundo quedó invitado a la boda, que debía celebrarse a los pocos días.

Llegó el señalado para la ceremonia y en la pequeña capilla de la aldea se congregaron todos los habitantes de la aldea. Poldi pleno de satisfacciones sonreía a todos, como queriéndoles hacer partícipes de la alegría que en aquellos instantes lo poseía.

Para Vroni, aquel matrimonio no era otra cosa que un deber que cumplir y mientras que de sus labios salía el "sí" de aceptación, su corazón lloraba interiormente pensando en el amado, en el padre del hijo que llevaba en su seno y que hasta entonces había ocultado a todo el mundo.

Terminada la ceremonia, salieron para la



Aquel matrimonio era sólo un deber que cumplir.

casa de Poldi y en la misma puerta, Andrés que acababa de llegar, para cumplir su promesa se vió sorprendido por la boda de Vroni. Tuvo que apoyarse junto al quicio de la puerta de la capilla para no caer. Los latidos de su corazón a penas si le permitían respirar y una densa palidez cubrió todo su rostro. ¿Era posible que Vroni lo hubiera olvidado tan pronto? ¿A qué se debía aquel matrimonio del que nunca le había dicho palabra?

Mil pensamientos confusos acudieron a la

mente del infortunado pintor y en ninguno de ellos halló una explicación que justificase la conducta de Vroni. Mas él se estaba decidiendo a saber la verdad de cuanto había ocurrido y siguió detrás de los invitados hasta la casa de Poldi.

Este había echado la casa por la ventana, como vulgamente se dice, para celebrar el extraordinario acontecimiento y la música no cesaba de tocar animando a los bailaradores, mientras que los barriles de cerveza se vaciaban con demasiada precipitación.

Desde fuera, espionando desde una ventana, Andrés seguía toda la fiesta y vio como Poldi estrechando entre sus brazos a Vroni la besaba apasionadamente, sin que ella le opusiese resistencia. Aquel beso fué para el enamorado como hierro candente que se le adentraba en el alma y cerró los puños, como si amenazara interiormente a la que no había sabido tener fe en su palabra.

En una de las vueltas del baile Vroni por la ventana vió a su antiguo novio y el corazón le latió violentamente de alegría. Sin poderse contener, aprovechó un descuido de su marido y de los invitados y salió en busca de Andrés.

—¿Qué has hecho, Vroni?—exclamó éste cuando la tuyo junto a él.

—No he tenido más remedio que acceder a los deseos de mis padres—respondió la mu-

chacha bajando la cabeza—. Te he esperado dos meses sin que tú hayas vuelto...

—¿Acaso dudabas de mí?—preguntó irritado él.

—No Andrés — contestó Vroni—. Nunca dudé de ti, pero mis padres me instaron a que me casase con Poldi. En un principio resistí, pero esta resistencia mía hizo nacer dudas en ellos y me obligaban a que dijese el motivo por el que no aceptaba a Poldi... ¿Iba yo a confesarles mi falta?... Podía decirles que... una nueva vida iba a consagrar nuestros amores?

—¿Qué dices, Vroni? — preguntó alegremente Andrés—. ¡Un hijo, un hijo nuestro!

—Entonces yo tengo más derecho que ese hombre a llevarte. Vente conmigo, lejos de aquí podremos seguir nuestro idilio.

—No, Andrés—respondió enérgicamente la muchacha—le he jurado fidelidad a ese hombre y por nada del mundo faltaré a mi juramento. Su bondad, su generosidad no merecen un pago así.

—Pero él te ha obligado a casarte—le contestó Andrés—. No será tan bueno cuando ni siquiera ha tenido presente tu oposición.

—El no sabía nada de nuestros amores, ni lo sabrá. Te lo pido por nuestro amor, por nuestro hijo, que nada le digas... ¿Me lo prometes?

Andrés comprendió que todo se había per-

dido y contestó bajando la vista melancólicamente:

—Te lo prometo, Vroni... Nadie sabrá nada de lo nuestro.

Fué a acercarse a ella para besarla, pero en aquel instante, la voz de Poldi llamando a Vroni, la hizo alejarse de aquel lugar, no sin antes decirle a Andrés.

—Es Poldi, viene buscándome. Entretenlo tú, mientras que yo doy la vuelta y entro nuevamente en la casa.

Poldi, con un jarro de cerveza en la mano, seguía llamando a Vroni a la vez que se acercaba a donde estaba Andrés. Al verlo exclamó alegremente:

—¡Caramba, nuestro pintor!... ¿Ha venido usted a mi boda?

—No —respondió Andrés— pasaba por aquí casualmente y me paré al ver la fiesta.

—¿Y por qué no ha entrado?—preguntó extrañado Poldi—. No sabe usted que mi casa está siempre abierta para todo el mundo?

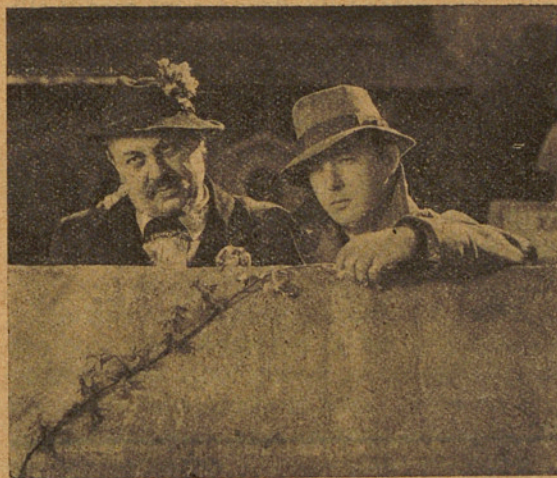
—Lo sé, pero no estoy de humor de fiestas... He perdido algo que vale mucho...

—Bah—respondió Poldi, dando un tumbó que casi cae al suelo—ya lo encontrará... ¿Era de mucho valor?

—Para mí lo que más valía en el mundo.

—¿Y qué era?preguntó Poldi.

—He perdido un amor, el único de mi vida—respondió tristemente Andrés.



—Me ha puesto usted triste.

En medio de su borrachera, Poldi sin darse cuenta de lo que hacía se abrazó al pintor diciéndole:

—Me ha puesto usted triste. Tengo ganas de llorar.

Y así era, la borrachera le dió por sentir como propia la desgracia de Andrés y éste tuvo que aguantar la congoja de Poldi, que finalmente le dijo:

—Yo no quiero que esté usted triste. Hoy

nadie debe estar trite, venga a mi casa y allí se alegrará.

Andrés se dejó llevar por Poldi y poco después la fiesta se hallaba en todo su apogeo. Procurando no infundir sospechas de nadie, Andrés consiguió ser bailarador de Vroni y poder, por lo menos tener entre sus brazos el cuerpo adorado de aquella mujer que perdía para siempre.

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**

Colecciones de 10 postales 2'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.

Los hijos

Pasaron varios años, durante los cuales ni uno solo faltó Andrés a la fiesta que se celebraba para conmemorar el cumpleaños de Vroni. Durante aquellos años, Vroni fué sintiendo hacia su esposo un amor profundo. Ya no era solamente el juramento prestado el que la impulsaba a su fidelidad, era también el respeto y el reconocimiento el que la hacía venerar el nombre de Poldi. En este espacio de tiempo, Vroni pudo comprender la nobleza de su marido, su bondad extremada y el amor que por ella sentía. Desde el día de su boda, Poldi fué para ella modelo de esposo, que no pensaba más que en ella y que sabía prodigarle las más tiernas atenciones.

Llegó el nacimiento del primer hijo y aquel acontecimiento fué para Poldi uno de los momentos más felices de su vida. Con el hijito entre sus brazos, corría de un lado para otro,

estrechándolo contra su pecho y prodigándole tiernas caricias.

En el alma de Poldi, tan noble, tan llena de generosos sentimientos, no podía tener cabida la duda y amó aquel niño, con el pleno convencimiento de que era su hijo.

Aquel amor paternal, tan elocuentemente demostrado, aumentó aun más el afecto que por su esposo sentía Vroni y fué disipando por completo el recuerdo del otro amor.

¡Cuánto hubiera dado Vroni, por que aquel hijo, que venía a alegrar la existencia apasible de los esposos, fuera de los dos! Y cuando Poldi tenía en sus brazos al pequeño, cuando ya de mayor, le oyó decir, "papá" a su esposo, la joven llegó incluso a creer que todo lo pasado, no era más que el producto de un sueño.

Mas para desvanecer este pensamiento, allí estaba Andrés, que instado por Poldi, no pasaba un solo año sin venir por la época de sus cumpleaños.

Al principio luchó Vroni denodadamente contra aquel amor, contra el propio Andrés que no se avenía a haberla perdido para siempre.

En una de sus visitas logró hablar a solas con Vroni y le dijo:

—¿Es posible, Vroni, que me hayas olvidado tan pronto?... ¿No recuerdas tus promesas de amor?

—Sí, Andrés—le respondió ella enérgicamente—todo eso lo he olvidado, para no pensar más que en mi esposo y en mi hijo.

—En nuestro hijo querrás decir?—le contestó Andrés—. Para ser completamente feliz.

liz no me falta ya más que tú dejases de mostrarte tan esquiva conmigo, que te compadecieras de este amor que siempre he sentido por ti.

—Es vano tu empeño., Andrés — le dijo ella—. Amo a mi esposo, o por lo menos, siento por él un gran cariño. ¡Es tan bueno, tan noble!...

—No lo sería tanto si yo le dijese...

—Pero tú nunca dirás nada—exclamó ella asustada—. No tenemos derecho a deshacer su felicidad. Para Poldi no hay más dicha en el mundo que mi amor y el cariño del pequeño. Ni yo puedo pagar tan mal su generosidad, ni tú tan ingrátamente la amistad con que te acoge en esta casa.

—Pero yo no puedo vivir así, Vroni. Yo te necesito, te ansío con todas las fuerzas de mi corazón...

—El también me necesita—le respondió Vroni—me necesita y tiene derecho a tenerme.

—¡Eres cruel, Vroni!—se lamentó Andrés.

—No, Andrés—le respondió ella—. Soy lo

que debo de ser. Lo nuestro pasó, pasó para no volver más. Olvidalo tú también y no intentes con tus pretensiones deshacer el hogar de dos seres que ningún daño te han hecho.

La entrada de Poldi puso fin a la conversación y el burgo-maestre, tan alegre y jovial como siempre, estrechó entre sus brazos a su esposa, mientras decía a su amigo.

—Olvida aquel amor que perdió Andrés. Busque una mujer como mi Vroni y entonces se podrá dar cuenta de lo que es la verdadera felicidad.

Vroni sonreía satisfecha entre los brazos de su marido, como si al sentirse en ellos se creyese mucho más segura de toda su tentación.

El pequeño corrió en cuanto vió entrar a su padre a besarlo y desde aquel instante Poldi se consagró por completo a su hijo, dejándose hacer todo cuanto él quería.

Aquella escena bastó para que Andrés cambiase de pensamiento. Sus sentimientos nobles se mostraron una vez más y sintiendo que las lágrimas se le desprendían de los ojos, salió de la estancia dejando a los dos esposos y a su hijo, gozando de la dicha de un amor que él no había podido encontrar.

Nuevos días fueron transcurriendo, pasaron los meses y dos años después la familia del burgo-maestre se vió aumentada por un nuevo ser. Otro hijo venía a alterar, con sus



La dicha de los esposos era comentada.

risas de angelote, la vida de los esposos. Pero aquel hijo fué para Vroni un lenitivo, aquel hijo no era como el otro, su vergüenza, sino su orgullo. Llevaba en sus venas la sangre de Poldi, de aquel hombre que tan feliz había sabido hacerla. Lo estrechaba contra su pecho con un amor infinito, como si temiese que alguien pudiese quitárselo.

Y Poldi repartió su cariño entre aquellos tres seres que tan feliz le hacían. En la aldea de Vitritza la dicha de los esposos Poldi era

comentada por todos los habitantes de la región y Vroni puesta como ejemplo de esposa fiel y amantísima.

Transcurrían los días como si por la aldea no pasase el tiempo. Los niños iban haciéndose mayores, iban creciendo y a medida que transcurría el tiempo el cariño por su padre iba mostrándose más en ellos. Poldi era el que se cuidaba de atenderlos en todo, él era el que le traía los juguetes, el que jugaba con ellos, el que le reía sus travesuras; era, en una palabra, para ellos, padre amantísimo y amigo inseparable. Y en la dulzura de aquella vida tranquila, sin inquietudes de ninguna especie, vivía Vroni dedicada por completo a su marido y a sus hijos. ...

El pasado vuelve

Pero aquella tranquilidad, aquel bienestar, se vió por fin amenazado con una gran tragedia. En una de las visitas que Andrés hizo a los dos esposos, intentó de nuevo reanudar sus pasados amores.

Vroni rehusó indignada la oferta de su antiguo novio y le echó en cara su pérfido proceder para el hombre que tan noblemente le brindaba su amistad.

—¿Crees acaso que yo vengo por el placer de pasar unos días en estas tierras nevadas? —le dijo Andrés—. No, Vroni, yo vengo por dos cosas, por ver a mi hijo y porque creo que alguna vez sabrás corresponder a mi amor.

—Eso no lo lograrás nunca—exclamó Vroni—. Antes prefiero la muerte que faltar a este hombre tan bueno.

—Recuerda que yo también lo fui para ti —contestó Andrés—. Recuerda que fuiste

mía y que bastaría una sola palabra, para deshacer toda tu felicidad.

—Fuí tuya, es verdad — replicó Vroni — pero lo fuí por amor, sin faltar a nadie. Ahora me quemaría los labios una sola caricia tuya.

—Pues yo te lo exijo—insistió Andrés—. ¡Has de ser mía!

—Nunca—exclamó ella, zafándose del abrazo en que la tenía sujeta Andrés.

—Está bien—terminó diciendo él—puesto que lo quieres enteraré a Poldi de todo. Todo tu castillo vendrá por tierra en cuanto ese hombre sepa la verdad de nuestros amores.

La perfidia de Andrés no podía ser mayor. No solamente escarnecía un amor que a él se le entregó sin reserva de ninguna clase, sino que además trataba de ofender la amistad y el hogar de quien jamás había recelado de su afecto.

Vroni vió en Andrés una decisión enérgica de llevar a cabo su amenaza y cayó a sus pies implorándole:

—¡No lo harás, Andrés!... ¡Por nuestro hijo, por el amor que dices tenerme!... ¡Ten compasión de mí y de él!... ¡Piensa en esas criaturitas que no tienen culpa de nada! ¡Tú no eres malo, no puedes serlo y te condolerás de mi pena!

Imploraba tan lastimosamente, pedía con

tal ansiedad que Andrés no pudo menos que levantarla del suelo y decirle conmovido:

—No llores, perdóname este arranque de cariño... No diré nada...

—Gracias, Andrés, gracias... Nunca podré pagarte el bien que me haces—respondió Vroni besando las manos de antiguo novio.

—Pero es necesario—siguió diciéndole éste —que no nos volvamos a ver más. No sé si podría contenerme otra vez... ¡Te amo tanto!

—Sí, Andrés—le dijo Vroni—lo mejor es que no vuelvas. Yo te daré noticias de tu hijo pero no vuelvas... ¡Quién sabe lo que podría suceder!

Pero en la capital Andrés sintió nuevamente la nostalgia de Vroni. Lejos de ella ansiaba verla de nuevo y al año siguiente, cuando llegó la fiesta del cumpleaños de Vroni, no tuvo fuerzas para resistir la tentación de ir a la aldea.

Poldi había preparado para aquel día, como en años anteriores una gran fiesta. Un inmenso pastel había sido colocado en la mesa, para festejar a su esposa y la noche anterior, el coche que como todos los años conducía a Andrés, paró en la puerta de la casa del burgo-maestre.

Al oír el tintineo de las campanillas, corrió Poldi a recibir a su huésped y le echó los

brazos al cuello, cuando estuvo a su lado, a la vez que le decía:

—¡Vaya sorpresa al que se va a llevar Vroni. Me decía que no vendría este año porque le había dicho que tenía mucho trabajo. Hemos discutido mucho y me alegro de que haya venido para que se convenza de que tenía yo razón.

—Yo también me alegro de volverlos a ver—respondió Andrés.

Y tomando unos bultos que había en el coche entró en la casa.

—¿Qué trae usted ahí que pesa tanto?—preguntó Poldi.

Andrés sonrió, contestándole:

—Son algunas cosillas para los pequeños. ¿No me llaman tío, pues tengo obligación de traerles algo?

Poldi subió al cuarto de su esposa, pero con la natural sorpresa vió que ésta no estaba allí. Salió otra vez para buscarla por la casa, mientras que ella, sobrecogida por la llegada de Andrés, había acudido al cuarto de éste para reprocharle el incumplimiento de su promesa diciéndole:

—¿Por qué has venido, Andrés? ¿No me prometiste no volver más?

—Pero no he podido resistir al deseo de veros—respondió Andrés—. Mi hijo y tú sois los dos cariños más grandes de mi vida y no puedo vivir sin vosotros.



—¿Por qué has venido?

—Sin embargo—replicó Vroni—no debías haber venido—. Quedamos la última vez en que yo te facilitaré noticias de tu hijo.

—¿Y lo has hecho?—preguntó Andrés.

—No he podido. Si te hubiera escrito en la aldea hubieran recelado de mí. Cualquiera sospecha hubiera dado lugar a las malas lenguas que envidian por haberme casado con Poldi.

Andrés fué a contestar, pero en aquellos momentos se sintieron los pasos de Poldi y Vroni corrió a su alcoba acostándose, antes que pudiera entrar de nuevo su esposo, que le preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Fuí a ver a los niños—respondió Vroni—mintiendo por primera vez a su esposo—. Creí oír que lloraban.

Poldi, sin sospechar nada de la verdad arropó cariñosamente a su esposa y se metió luego en su cama, diciéndole:

—Para mañana te preparo una gran sorpresa.

La amenaza de Andrés

Era, como decimos, el día siguiente el de la fiesta de cumpleaños de Vroni. Los pequeños aprovechando la ausencia de sus padres se habían introducido en el comedor y al ver el hermoso pastel preparado no pudieron resistir la tentación y cortaron un trozo de él. Cuando poco después entró Poldi y vió el pastel comenzado sonrió bondadosamente pensando en quienes habían haber sido los autores del atraco. Los pequeños, temiendo a la repulsa paterna se habían escondido debajo de la mesa y de allí los sacó Poldi, diciéndoles:

—¿No sabíais que este pastel estaba destinado a vuestra madre?

Los chicos callaron ante la regañuza de su padre y éste siguió diciéndoles:

Pero ya que habéis cometido la falta, os la perdonaré si os habéis aprendido el verso que

os he dado, para decirle a vuestra madre esta mañana.

—Yo ya me lo sé—exclamó el mayor de ellos.

—Y yo también—dijo a su vez el pequeño.

—Vamos a ver, empieza tú—le dijo al mayor.

Mas éste a penas dichas las primeras palabras quedó por completo cortado y tuvo su padre que ayudarle para que terminase el verso de felicitación.

Lo mismo sucedió con el otro, pero en vez de enfadarse Poldi, dando como siempre, prueba del inmenso amor que sentía por sus hijos los tomó en sus brazos y los besó cariñosamente, hasta que los pequeños le preguntaron:

—¿No ha venido todavía el tío?

—Sí, hijos míos—les dijo Poldi—. Ha venido, pero todavía está durmiendo. Dentro de un rato vendrá a besáros. No le digáis nada a mamá, eh.

Los chiquillos adoptaron una cómica seriedad y poniendo sus deditos en los labios indicáronle al cariñoso padre que serían prudentes en aquella ocasión.

Mientras esta escena se desarrollaba en el comedor de la casa, en el dormitorio de Vroni tenía lugar otra mucho más dramática. Sintió que una mano arrojaba una carta en

el interior de la estancia. Corrió la joven a apoderarse del papel y leyó su contenido que decía:

Vroni, he pensado bien todo lo que me has dicho y he decidido no aguardar más. Renuncia a tu amor, pero no puedo renunciar al de mi hijo. Es mío y quiero llevármelo, para que su presencia mitigue en algo tu amor. Es necesario que hoy mismo le digas a Poldi la verdad de todo, pues mañana quiero marcharme y no lo haré sin llevarme al niño:

Andrés"

Vroni ocultó precipitadamente la carta en el pecho, como si temiera que alguien pudiera verla y cayó sobre una silla llorando amargamente su desventura. La carta escrita en términos tan precisos no le dejaba duda de que Andrés cumpliría su amenaza.

Y si él hacía aquello, ¿cual sería la vida que a ella le esperaba? Pero más que el pensamiento de su desgracia, atormentaba a la joven la idea del sufrimiento que sería para Poldi, para aquel hombre todo nobleza y lealtad, el saber que su esposa le había sido infiel.

La voz de Poldi llamándola desde abajo, puso fin a sus pensamientos, se secó las lá-

grimas y fué a dónde le esperaban sus hijos y su esposo.

Estos corrieron a los brazos de la madre, mientras que Poldi les hacía señales para que le dijiesen el verso de felicitación. El pequeño no fué el más decidido y empezó diciéndoles:

—Mamá en este día de tus cumpleaños... ya no se más...

Una carcajada del padre acogió la ocurrencia del pequeño, y Vroni, reteniéndolos entre sus brazos los besaba amorosamente, como si temiera de que llegase el momento de verse privada de sus caricias.

Cuando pasó el primer momento de la felicitación de los chicos, se acercó Poldi y besando a su esposa le dijo:

—Vroni, quisiera que fuesen muchos los años que pudiéramos disfrutar de nuestro amor y de la dicha del cariño de nuestros hijos. Aquí tienes mi presente, y sacó un collar que fué a poner en el cuello de su esposa, en el mismo instante que aparecía en la puerta Andrés.

—También yo quiero ofrecerle el mío— exclamó el pintor. Sacó un pequeño estuche con unos pendientes y se los ofreció a Vroni.



Fué a donde estaba su esposo.

Poldi agradeció riendo el obsequio de su amigo y volvió nuevamente a colocar el collar a su esposa. Al hacerlo el escote de la muchacha quedaba por completo a merced del esposo y por todo su cuerpo sintió un escalofrío de terror al pensar que pudiese ver la carta que llevaba oculta.

—¿Y para nosotros?—exclamaron los pequeños, abalanzándose a los brazos de quién llamaban tío.

—También me he acordado de vosotros— replicó Andrés. Del bulto que la noche antes había dejado allí sacó un precioso trineo y se lo entregó a los pequeños que, locos de alegría corrieron a probarlo sobre la nieve.

No deje de leer las novelas de la juventud:

LOS TRES MOSQUETEROS

Creación del aclamado actor

SIMON GERARD

Precio: 50 céntimos

LA MASCARA DE HIERRO

Máxima interpretación de

DOUGLAS FAIRBANKS

Precio: 1 peseta

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona.

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

La tragedia

Aquella noche todos los habitantes de la aldea acudieron a casa de Poldi para celebrar la fiesta que éste daba en obsequio a su esposa. La alegría era general en todos y bebiendo, cantando y bailando transcurrían las horas rápidamente, sin que nadie se diera cuenta del drama interior que vivía en el corazón de Vroni y Andrés.

Este aprovechó un momento en que pudo hablar a solas con Vroni y le preguntó:

—¿Le has dicho ya algo a Poldi?

—Ni se lo he dicho, respondió ella—ni se lo diré nunca. No tengo derecho a destruir la felicidad de ese hombre.

—Pues entonces seré yo el que tenga que decirselo.

—Puedes hacer lo que quieras—le respondió amenazadora Vroni—. Si el haberte ama-

do ciegamente, el haber creído en tu bondad, son motivos para que me hagas desdichada, ahora mismo puedes ir en busca de mi marido y revelarle nuestro secreto.

Andrés quedó parado ante la resolución de Vroni y un sincero arrepentimiento se engendró en su pecho. ¿Acaso él tenía derecho de destruir la felicidad de aquella mujer cuyo único pecado había sido el de amarle? ¿Acaso podía ser él la causa de la ruina de aquel hogar donde tan cristianamente había sido siempre recibido? Comprendió lo indigno de su proceder y así fué a decirselo a Vroni, cuando en aquel instante se presentó Poldi, preguntándoles:

—¿Qué hacen ustedes aquí, alejados de la fiesta?

Vroni miró al pintor ansiosamente, temiendo llegado el momento de revelar toda la verdad. Mas Andrés respondió a aquella mirada con otra significativa, a la vez que decía a Poldi:

—Le estaba diciendo a Vroni que si quería dar un paseo en trineo conmigo, para demostrarle que también los de la ciudad sabemos manejarlos.

—Es una buena idea—exclamó riendo Poldi.

—¡Pues manos a la obra! — respondió Andrés, tomando por un brazo a Vroni y sa-

cándola de allí. Cuando estuvieron fuera, la joven le preguntó extrañada:

—¿Por qué quieres que salgamos?

—Porque necesito estar a solas contigo un rato, para decirte que ahora me iré para siempre. He comprendido que tienes derecho a vivir tu vida y no he de ser yo el que te la destruya. Esta será la última noche que nos veremos... mañana ya habré partido y nunca más volverás a saber de mí.

Algunos invitados iban saliendo de la fiesta y Vroni le dijo al pintor.

—Es preciso que no nos vean solos aquí. Le has dicho a Poldi que íbamos a dar un paseo en trineo y hay que cubrir las apariencias.

—Llevas razón—respondió éste—. Hagámoslo y así nadie dudará.

El mismo trineo que Andrés había traído para los pequeños sirvió para la excursión de los antiguos enamorados y pronto se deslizaron por la nieve con una velocidad asombrosa. Andrés quería a toda costa dejar en el ánimo de Vroni una buena impresión de aquella su última entrevista y procuraba animarla, diciéndole en tono bromista.

—¿Ves como yo sé manejar este también como los de aquí?

Ella sonrió ante la broma del pintor, pero no obstante, le advirtió:

—Ves con cuidado, aquí hay muchos árboles y si chocamos con alguno estamos perdidos.

—No temas—siguió diciéndole él—. Puedes estar segura de mi habilidad. Capaz sería ahora de sortear todos los obstáculos que se interpusiesen en nuestra carrera.

Y el obstáculo que se interpuso entre ellos fueron los hijos d Vroni que jugaban en la nieve. Andrés no se dió cuenta de la presencia de los muchachos, hasta que los tuvo frente a él. Vroni dió un grito de espanto, viendo que atropellaban a los pequeños e hizo un movimiento para desviar el trineo. Este por la violencia que llevaba y por la acción de Vroni, se desvió de su recta y fué a chocar contra un árbol. Sonó un grito de angustia, de dolor inmenso, un grito mortal y después sobre la blancura de la nieve los cuerpos de Andrés y de Vroni quedaron ensangrentados por efecto del tremendo choque.

Una mujer de la aldea se dió cuenta de lo que acababa de suceder y corrió hasta la casa de Poldi para dar cuenta de la desgracia.

Poldi, ajeno al suceso seguía alegremente bailando con todas las invitadas, hasta que se

le acercó la mujer que había presenciado la catástrofe y le dijo:

—¡Corre a buscar a tu mujer, Poldi!

—¿Por qué?—preguntó éste extrañado—¿Qué le pasa??

—¡Se ha matado!—exclamó nuevamente la aldeana.

—¡Qué dices!—gritó Poldi, sintiendo como si un cuchillo le atravesase el corazón.

—Si, Poldi—siguió diciendole ella—Yo misma los he visto. Iban en un trineo ella y el pintor, de pronto chocaron con un árbol y los dos han quedado tendidos en el suelo.

Corrió Poldi al lugar del accidente para prestar auxilio a los heridos, más desgraciadamente era ya tarde para uno de ellos. Vroni había muerto instantáneamente y Andrés con gravísimas heridas apenas daba señales de vida.

Entre varios hombres condujeron el cuerpo de Andrés al pequeño hospital de la aldea, mientras otros llevaban a su casa el cadáver de Vroni.

Horas de angustia inmensa, de dolor incnnsolable fueron aquellas para el amante esposo. Echado sobre el cuerpo de la muerta lloraba amargamente, como si con sus lágrimas pudiera reanimar aquel ser tan adorado que le

abandonaba para siempre. Los pequeños al lado del padre unían sus lágrimas a las de éste y en aquella casa donde hasta aquel momento había sido albergue del amor y dicha de dos seres, la tragedia había mostrado en toda su crueldad su faz horrorosa.

LA REVELACION

Solamente un alma tan grande, tan profundamente enamorada como la de Poldi, hubiera podido comprender el dolor por que pasaba. Los días que siguieron a la muerte de Vroni fueron para el desconsolado esposo, días de tétrica tiniebla, días de angustia infinita, sin que encontrara nada que pudiera mitigar su dolor. Solamente el cariño de los pequeños aminoraba en algo la gran tragedia que se cernía sobre su vida. Y en sus momentos de soledad, con el pensamiento puesto en la ausente, se encerraba en la habitación de ella y aspiraba con doloroso deleite los vestidos y cuanto sirvió para el uso de Vroni. Le parecía que aquellas ropas guardaba todavía el perfume del cuerpo adorado y al aspirarlo creía sentir cerca de él a la esposa adorada.

En el hospital, sin esperanzas de salvación

seguía Andrés, viendo acercarse precipitadamente el fin de sus días. Ni tenía confianza en el porvenir y estaba seguro de que moriría. Mas el dolor producido al saber la triste suerte de Vroni, le hacía resignarse, esperando en la muerte la liberación de todos sus sufrimientos.

Un día, uno de los tantos en que Poldi se encerraba en la habitación de Vroni para remover todo lo que ella había usado, vió que en el rincón del armario había una carta arrugada. La tomó indiferentemente, sin hacer caso de ella y la abrió por curiosidad. Mas esta curiosidad fué fatal para el que conservaba un recuerdo sagrado de la muerta, aquella carta era precisamente la misma que le escribió Andrés exigiéndole que confesase su culpa. Todo su dolor, toda su amargura se convirtió en un instante en un odio tremendo hacia los culpables. Se vió escarnecido en aquel amor, burlado por los seres a quienes tanto afecto había demostrado y más aun que la deshonra, pudo en el pensamiento de saber que uno de ellos era el fruto del adulterio.

En este instante de desaliento, acertaron a entrar los pequeños y Poldi, cuando fueron a besarle, los orrojó lejos de él, pensando, que no podría saber cuál de los dos era el que merecía sus caricias.

Cayó esta nueva desgracia que sobre él

caía y aquella misma tarde, llevando a sus dos hijos de la mano se presentó en el hospital donde estaba Andrés. Su único pensamiento era que el moribundo le dijese cuál era su verdadero hijo y cuál el falso. Tenía necesidad de saberlo, era preciso que él lo supiese para arrojar lejos de su lado al que representaba su escarnio p su desventura.

—Lo sé todo—empezó diciéndole al herido—. Sé que me engañasteis, pero todo lo perdono, si me dices cuál de los dos es el que tiene dercho a mi nombre.

El herido miró a Poldi y respondió débilmente:

—Ella era la única que lo sabía.

—¿Y tú no?—preguntó irónico Poldi—. No seas más cruel y dime la verdad. Sácame de este mar doloroso de dudas. Dime cuál de los dos y todavía te eberé algo d emi dicha. Suplicaba tan sinceramente, expresaba en su rostro tanta desventura, que Andrés estuvo a punto de confesar la verdad, de decirle que el mayor era el hijo de aquellos amores ilegales. Mas el miedo de que su hijo sufriese las consecuencias de la ira de Poldi, sin que él tuviera fuerzas para poderlo defender, lo hizo desistir de su noble propósito y siguió callando.

Nuevamente Poldi, le suplicó:

—Sé una vez bueno, una vez nada más y

Exclamó Poldi:

por esta sola vez rezaré por tu alma, si es que mueres...

Andrés extendió el brazo y su egoísmo paterno le llevó hasta la perfidia de señalar al pequeño como hijo suyo.

—Gracias... gracias... — exclamó Poldi, alejándose de la cama del enfermo, con los dos niños.

Poco después, Andrés sentía que su vida se agotaba, comprendió que solamente le quedaban unos segundos de vida y en aquellos momentos quiso regenerar su alma, de su gran pecado. Llamó a la enfermera que lo asistía y le dijo:

—¿Quiere usted traerme pluma y papel?

—No debe usted hacer nada—le aconsejó la enfermera—. Acuérdesese que el doctor ha dicho que no se mueva.

—¡Qué importa lo que haya dicho el doctor! — respondió indiferentemente Andrés—. Solamente me quedan de vida unos segundos y quiero aprovecharlos para enmendar un grave error... Le ruego que me traiga lo que le he pedido... Es preciso que yo escriba ahora mismo.

La enfermera accedió al ruego del herido y poco después éste escribía una carta a su madre declarándole toda la verdad. Una vez escrita se la entregó a la mujer que lo cuidaba y le dijo:

—Cuando yo muera esta carta debe ser entregada a la persona que va dirigida. En el sobre lleva su dirección.

Y aquellas palabras fueron las últimas que pudo pronunciar el desdichado, momentos después su alma ya no pertenecía a este mundo...

AMOR Y VENGANZA

Días de duda cruel, de deseo de venganza fueron los que sucedieron a la muerte de Andrés. Poldi conocía ya quien era su hijo y odiaba al otro, sin poder sospechar el nuevo engaño de que había sido víctima. La presencia del bastardo engendraba en su corazón un odio inextinguible, pero cuando estaba lejos de él, cuando recordaba sus besos y caricias los ojos se le llenaban de lágrimas y el amor que siempre había sentido por ellos, luchaba y vencía a aquel sentimiento de rencor. Su vida era tormento continuo entre su deseo de venganza y el cariño. Llegó a huir de sus hijos y hasta del que creía verdadero rehuía sus caricias. La tragedia no solamente había truncado su amor de esposo, sino que había despedazado también su cariño de padre. Y en este tormento continuo, en este batallar diario transcurría el tiempo sin que Poldi hiciera nada contra el que creía su hijo de aquellos amores ilícitos.

Los pequeños, ante la conducta inexplicable de su padre, vivían atemorizados, sin que los inocentes pudieran comprender el motivo de aquel desvío paterno. Ellos que cuando veían a su padre corrían gozosos a sus brazos, ahora, al verlo llegar, se ocultaban temerosos de él.

En la aldea nadie podía comprender esta nueva conducta de Poldi. Todos sabían el amor que le tenía a su esposa y achacaban a su muerte el cambio brusco de Poldi. Fué inútil que sus más fieles amigos intentaran de consolarle y lo que únicamente conseguían era el hacer más vivo su dolor al recordarle el nombre de Vroni.

Pero su alma era demasiado noble para llevar el oído más allá de la tumba y a pesar de la infidelidad que creía en su esposa, no dejó ni un solo día de acudir a donde estaba enterrada y orar allí sobre el cadáver de la que fué su vida entera. Poco a poco una idea se fué haciendo fuerte en su mente, la de librarse de la presencia del bastardo. Creía que sin verlo, sin tenerlo presente, su dolor se menguaría.

La idea aquella noche le atormentaba atrocemente a medida que se hacía más fuerte en él. Llegó a ser su obsesión, su verdadera pesadilla y su bondad y su venganza seguían sosteniendo una lucha titánica, sin

que pudiese preverse cual de los dos sentimientos vencería al otro.

No obstante Poldi no había renunciado a la costumbre adquirida durante tantos años de acostar a sus hijos, y todas las noches, llegada la hora, subía con ellos, para dejarlos en la cama. Pero entonces la despedida del padre no era tan cariñosa como en los días de alegría y felicidad. Apenas los dejaba en la cama se apartaba de ellos y volvía a encerrarse en su doloroso mutismo.

Una de estas noches, después de haber acostado a los pequeños, sus ojos tropezaron con un cuadro que había pintado Andrés. Fué aquél uno de los regalos que hizo a Vroni en uno de sus cumpleaños.

Representaba aquella tela uno de los grandes precipicios que había por aquellos terrenos. Andrés lo pintó en uno de sus viajes y Poldi, enamorado del cuadro, no le regateó sus elogios. Al año siguiente tuvo una gran alegría al ver que Andrés regalaba a su esposa el famoso cuadro representando aquel abismo cubierto de nieve. De sobras conocía él el lugar aquel. Le llamaban el Barranco de la Cruz, porque en su cúspide había una gran cruz indicando al viajero la proximidad del peligro.

Durante un gran rato quedó extasiado en la contemplación de la pintura, como si el



Tropezó con un cuadro que había pintado Andrés.

abismo reproducido en ella le atraiese fascinadoramente.

Un pensamiento cruzó por su mente y exclamó en voz baja:

—El mismo parece haber elegido el sitio... Es lo mejor, terminar cuanto antes este estado de inquietud, de continuo sufrir... Después que el Cielo nos juzgue a todos. Aquellas palabras encerraban una amenaza para la vida del pequeño, era la venganza

que Poldi quería toma, contra el daño que Andrés le había hecho.

A la mañana siguiente, apenas se levantaron los muchachos, Poldi retuvo a su hijo menor y dejó que el otro se fuese a la escuela, diciéndole:

—Tu hermano no va hoy a la escuela, se quedará conmigo haciéndome compañía.

—¿Y yo, no me quedaré nunca?—preguntó el muchacho.

—Sí—respondió Poldi—; os quedaréis un día cada uno. Mañana te tocará a ti.

Mientras que su hermano marchaba tristemente hacia el colegio, el pequeño quedó alegremente en la casa, sin poder adivinar el peligro que le amenazaba.

Cuando quedaron solos, Poldi le dijo a su hijo:

—¿Quieres venir conmigo? Iremos a un sitio que te gustará.

—Sí, papá — respondió el pequeño—. Yo quiero ir contigo.

—Bueno—le dijo nuevamente su padre— arréglate y baja en seguida.

Y mientras el muchacho iba a recibir la orden Paterna, Poldi sintió nuevamente que todos sus deseos de venganza se iban por tierra. Tuvo un momento de indecisión y ya se preparaba para alejarse solo de aquella casa donde la idea del crimen tomaba tanta

realidad, cuando apareció el pequeño gritando:

—Papá, ya estoy aquí... ¿Quieres que nos vayamos ya?

—Sí, vámonos—exclamó decidido su padre.

Este recogió las cuerdas que le servían para sus excursiones a la montaña y salieron de la casa, hacia aquel lugar donde el oído iba a sacrificar a una víctima. Pero a medida que avanzaban Poldi sentía debilitarse este odio que se había engendrado, por primera vez en su vida, contra otro ser. Al sentir en su mano el contacto de la manita del chiquillo la apretaba fuertemente, como si de antemano quisiera librarlo del peligro a que él mismo lo conducía y seguía andando, procurando traer a su memoria todo el daño que Andrés le había hecho, para poder llevar a cabo su venganza.

El chico, con la inocencia propia de su edad, seguía alegremente al padre, disfrutando de aquel día de asueto que tan impensadamente le habían otorgado, sin pensar en otra cosa que no fuera la alegría que le causaba el verse libre de la disciplina del colegio, aunque sólo fuese por un día.

Se alejaron de la aldea y caminaron durante mucho tiempo, sin que Poldi quisiera responder a las ingenuas preguntas del pequeño, que le decía:

—¿Donde vamos por aquí, papá?

Poldi lo miraba rencorosamente y sin contestar seguía andando, siempre hacia la montaña, en busca de sus insondables abismos.

—¿Por qué no has traído a mi hermano con nosotros?—le preguntó nuevamente la inocente criatura.

—No es necesario — respondió Poldi—. Nada más que nosotros teníamos que venir.

Después de unas horas de caminar llegaron al borde de un gran precipicio. No cabía duda que la persona que cayese por él a su abismo quedaría completamente destrozada.

Este fué el sitio que eligió Poldi para deshacerse del pequeño y se arrodilló, como implorando fuerzas para poder realizar la tremenda hazaña. Junto a él dejó caer la cuerda que le servía para sus ascensiones a la montaña y miró fijamente al abismo que se abría ante él. Sus ojos se nublaron de espanto y tuvo la tétrica visión de lo que iba a hacer. Vió al pequeño, a aquel inocente que no tenía culpa de nada, rodar entre los afilados pedriscos que formaban la base y hasta le pareció oír sus gritos pidiéndole auxilio. En aquel momento de angustia las manitas del pequeño se tendían hacia él como pidiéndole protección, y cerró los ojos horrorizado.

—¿Cómo era posible que él hubiese concebido tanta maldad? — se dijo interiormen-

te y horrorizado de aquel pensamiento, en aquel mismo lugar, en la cruz que señalaba el peligro, cayó de rodillas implorando al Supremo Juez, el perdón que merecía.

Mientras oraba, entregado por completo a aquel arrepentimiento, oyó un grito angustioso lanzado por su hijo. Este, sin darse cuenta del peligro, se había puesto a jugar, resbaló de pronto y su cuerpo que iba atado a la cuerda que utilizaba su padre cayó al fondo del abismo. Fué un solo instante de indecisión. La casualidad misma ponía en práctica el plan que él no se había atrevido a ejecutar. No tenía más que dejar seguir el curso de los acontecimientos y se vería libre de aquel ser. Pero pudo más en él el cariño que sentía por la criaturita y se lanzó desesperadamente sobre la cuerda con el tiempo suficiente para detener la mortal caída y elevar de nuevo hasta él a la criaturita.

Cuando la tuvo nuevamente junto a él, la estrechó amorosamente entre sus brazos y olvidando todo su odio, todo lo que aquel ser representaba para él, la besó frenéticamente, pensando en el peligro que había corrido.

Huyó de allí, de aquel lugar, escenario de una de las más grandes luchas que había sostenido el amor y la venganza, y al bajar de la montaña, le pareció como si la sombra de Voroni apareciese ante él sonriéndole... Su acción quedaba pagada...

Pasaron los días sin que la tempestad que agitaba el alma de Poldi amenguase, pero poco a poco fué olvidando el odio que sintiera hacia el bastardo y nuevamente iba convirtiéndose el padre amoroso de otro tiempo. Los pequeños fueron otra vez teniendo la confianza perdida en el autor de sus días y pareció como si un rayo de luz fuese penetrando paulatinamente en la lóbreguez de aquel hogar azotado por la tragedia.

Poldi cuidaba otra vez de los pequeños con un amor verdaderamente materno y él se cuidaba de atender a todos los detalles que eran propios de la madre desaparecida.

Una mañana volvía con los dos muchachos de la escuela. En la puerta los otros pequeños jugaban alegremente y el mayor le dijo a su padre:

—¿Papá, cuando podremos nosotros volver a jugar?

—Todavía es pronto, hijos míos—le respondió Poldi.

Pero en la carita de los pequeños había tantos deseos de mezclarse en el juego de sus compañeros, que Poldi accedió al fin a lo que pedían sus hijos y entró a su casa.

Went a sus habitaciones y una vez en ella entró la mujer que cuidaba de ellos y le dijo:

—Abajo hay una señora que pregunta por usted.



¡Había llegado la madre de Andrés...

—¿No le ha dicho quién era? — preguntó Poldi.

—Sí—contestó la criada—; dice que es la madre del pintor Andrés.

—¡Del pintor Andrés! — exclamó Poldi—. ¿Qué quiere de mi esa mujer?

—Solamente me ha dicho que tiene necesidad de hablar con usted de un asunto muy importante...

—Está bien — terminó diciendo Poldi—. Dile que ahora voy, que espere un momento.

Salió la criada y Poldi quedó absorto, pensando qué es lo que de él podría solicitar la madre del hombre que había sido la causa de toda su desgracia. Temía aquella entrevista como si el corazón le previniese contra un próximo peligro, más no obstante, comprendió que lo mejor era salir cuanto antes de la duda y fué en busca de la madre de Andrés, diciéndole:

—¿Usted dirá, señora, por qué quiere verme?

—Comprendo que me reciba tan duramente, señor — respondió la anciana —, pero mi misión es tan dolorosa como precisa. Creo que podrá usted sospechar algo de ella.

Absolutamente todo — respondió secamente Poldi—. Le ruego que se explique cuanto antes. Hasta ahora solamente sé que es usted la madre de un hombre a quien consideré como amigo mío.

La buena mujer comprendió el sentido de aquellas palabras y bajó la cabeza avergonzada por el recuerdo que en aquel hombre había dejado su hijo. Después de unos minutos de silencio, Poldi exclamó nuevamente.

—Tan difícil es su misión que no se atreve a explicarla.

—Más de lo que usted se cree—respondió la anciana—. Vengo en nombre de mi hijo.

—¡De su hijo!—exclamó él—. ¡Su hijo ha

muerto y ya ningún mal creo que puede hacer en esta casa!

—Sin embargo, es preciso que se lo diga, para que no lo juzgue usted tan severamente.

Andrés, antes de morir sintió todo el arrepentimiento de su alma cistiana y confesó toda la verdad.

—¿Y qué verdad es esa?—preguntó sonriendo dolorosamente Poldi.

—La de su hijo—exclamó la madre.

—Señora—le contestó Poldi—, para decirme esto podía usted haberse ahorrado este viaje. Esa noticia, desgraciadamente ya la sabía.

—Pero no sabe usted cuál de los dos es el suyo y cuál, es mi nieto—respondió la madre de Andrés.

Poldi bajó la cabeza tristemente y murmuró:

—También yo. Su hijo, antes de morir tuvo un momento de sinceridad y me confesó que el más pequeño de los dos era hijo suyo.

—Pero eso no es verdad—exclamó la buena mujer—. Andrés lo engañó.

—¿Hasta en el momento de morir fué capaz de engañarme?—contestó asombrado de tanta maldad Poldi—. Nunca le hubiera creído capaz de llevar su ensañamiento contra mí, que jamás hice otra cosa que abrirle mis brazos de amigo y cobijarlo en mi casa.

—La prueba de que lo que el digo es verdad está en esta carta—siguió diciéndole la

madre de Andrés, a la vez que sacaba la carta que le había escrito su hijo, momentos antes de morir.

Poldi alargó la mano para recoger el escrito, pero la retiró rápidamente como si su contacto le quemara. Allí vivía todavía Andrés, aquel era un pensamiento suyo y todo lo que de él viniese le atormentaba y le avergonzaba.

La anciana comprendió la incertidumbre de él y le instó para que la leyese diciéndole:

—Léala. Por su contenido sabrá algo que le interesa mucho.

Aceptó por fin Poldi a leer lo que había escrito Andrés y que decía:

“Adorada madre. En este instante en que me siento morir, en que sé que me quedan unos segundos solamente de vida, quiero reparar una de mis faltas. Temiendo que Poldi pudiera hacer víctima de su odio a mi hijo, lo engañé diciéndole que el pequeño de los dos era el mío. Cuando reciba esta carta vaya a casa de Poldi y confíesele la verdad. Haga porque me perdone y dígame también, que Vroni le fué siempre fiel. Después de casada con él, jamás faltó a sus deberes de esposa, ni el respeto del hombre a quien llegó a amar sinceramente. Hágase cargo del mayor de los niños y cuí-

dele pensando que por sus venas corre mi sangre.

Un último abrazo de su hijo.

Andrés.”

Al terminar la lectura de aquella carta, Poldi quedó en silencio. Una parte de su dolor quedaba mitigada al saber que Vroni le había amado, que no le había faltado desde que fué su esposa, pero en compensación con aquella alegría estaba el dolor de tener que desprenderse del pequeño. Al fin levantó la vista hacia la madre de Andrés y le preguntó intranquilo.

—¿Piensa usted cumplir lo que dice esa carta?

—Es la última voluntad de mi hijo—respondió ella.

—¿Y se llevará al niño?—inquirió nuevamente Poldi.

La anciana comprendía el dolor que en aquellos instantes estaba produciendo a Poldi y bajó la vista en señal de asentimiento.

—Pero eso no puede ser—respondió Poldi—. Yo lo he criado, él me quiere...

—Comprende usted ahora lo dolorosa que era mi misión?—preguntó la anciana—compadecida de Poldi.

Los pequeños, que habían terminado su juego, llegaron en aquel instante y como siempre,

corrieron a los brazos de Poldi. Este los estrechó fuertemente en ellos y mirando suplicante a la madre de Andrés, le rogó:

—No se lo lleve... ¡Los dos son mis hijos!

Y los besó amorosamente, haciendo llorar a la pobre anciana, que sin atreverse a contestar, tomó la carta escrita por su hijo y la rompió en varios pedazos, para destruir la única prueba que podría ponerla en posesión del niño.

—¡Gracias, señora! — exclamó Poldi—. Nunca olvidaré este bien que me hace. Ellos son la única alegría de mi vida.

La anciana se levantó de su asiento y ofreciéndole la mano a Poldi se despidió diciéndole:

—Que Dios le devuelva toda la felicidad de que es acreedor...

Y mientras la madre de Andrés se alejaba de la aldea, hacia la capital, Poldi, sosteniendo sus hijos en sus rodillas los abrazaba fuertemente, como si temiese que todavía pudieran quitárselos...

FIN

Colecciona usted las célebres Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

La Máscara de Hierro (3.^a edición)

Douglas Fairbanks

El Desfile del Amor (6.^a edición)

Maurice Chevalier - Jeannette Mac Donald

La intrusa

Gloria Swanson

Rasputín

Gaidarow

El Capitán de la Guardia

(La Marsellesa)

Jhon Boles

Me perteneces

Francesca Bertini

La Fierecilla Domada

Mary - Douglas

96 páginas de texto selecto

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídaos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.

<i>No, no, Nanette</i>	Bernice Claire
<i>Amor Solfeando</i>	Imperio Argentina
<i>Noche de Príncipes</i>	Gina Manés
<i>Sally</i>	Marilyn Miller
<i>Broadway</i>	Merna Kennedy
<i>El Signo del Zorro</i>	D. Fairbanks (4. ^a Edición)
<i>Bodas Sangrientas</i>	María Jacobini (2. ^a Edición)

Precio: 50 Céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

3

Coleccionen usted las célebres
Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

La Máscara de Hierro (3.^a edición)
Douglas Fairbanks

El Desfile del Amor (6.^a edición)
Maurice Chevalier - Jeannete Mac Donald
Laintrusa

Gloria Swanson

Rasputín

Gaidarow

El Capitán de la Guardia
(La Marsellesa)

Jhon Boles

Me perteneces

Francesca Bertin

La Fierecilla Domada

Mary - Douglas

96 páginas de texto selecto

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntim.
para el certificado.